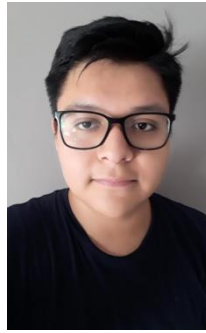


DING-DONG, UN DEMONIO TE LLEVARÁS



Autor: Iván David Martínez Tovar
Estudiante del Bachillerato General
Oficial "Xochiltepec la laguna"

¡Vaya! ¡¿Quién lo diría?! Hace tan sólo unos días mi vida era normal y ahora lo único que puedo hacer es correr para salvarla. Era un día habitual, desperté para seguir con mi aburrida rutina, tenía que ir a mi trabajo que, por cierto, odiaba. Era en una pequeña oficina, ahí sólo llenaba y ordenaba documentos pero era muy estresante, pero lo peor era que tenía que soportar a mi jefe, un tipo alto, gordo y con un escaso bigote en el que se podía ver lo que había comido, lo más odioso de él era, sin duda, su carácter, nada le agradaba.

Ese día se me acercó y me susurró: - Rodríguez, lo veo en mi oficina en cinco minutos. -Ok. Contesté.

Dentro de mí sabía que no significaba nada bueno, imaginé algo como un regaño o, incluso, un despido. Pasaron los cinco minutos, me dirigí a su enorme oficina, y cuando digo "enorme" es porque realmente era enorme para ser tan sólo una oficina.

Toqué la puerta.

-¡Adelante! dijo, con un tono fuerte.

Entré, él estaba sentado en lo que parecía un cómodo sillón, en cambio a mí, no me ofreció ni siquiera el piso.

-¡Rodríguez, necesito que entregues un paquete! Dijo él. ¡Qué! ¿Ahora soy un repartidor o qué demonios? dije en mi mente, pero, obviamente no podía contestarle eso.

-Con mucho gusto lo haré dije mientras sonreía y callaba todo lo que había dicho en mis adentros. Me dio un papel en el que estaba escrita la dirección en la cual debía entregar el paquete. Pasé a mi oficina por una caja, en ella metí documentos que llenaría en casa y subí a mi pequeño pero fiel auto. La noche empezaba a caer.

Conduje hasta la dirección marcada, era una casa de dos pisos color blanco con un jardín muy bien adomado y cuidado, parecía lujosa. Me acerqué a la puerta, toqué el timbre, sonó el clásico “ding dong”, nadie salió, intenté varias veces y nada. Comencé a ponerme nervioso, pues empezaba a anochecer y no podía irme sin dejar el paquete.

Por mi cabeza pasó una idea: ¡Abre la puerta, deja el paquete con una nota y vete!. Sabía que no estaba bien entrar sin permiso pero la situación lo requería, así lo hice, abrí la puerta, me asomé y dije: “¡Hola!” pero nadie respondió. Entré y todo estaba en oscuridad, busqué el interruptor pero no lo encontré así que utilicé la linterna de mi teléfono y al encenderla pude ver un completo desorden, libros, estantes y muchas cosas tiradas, era como si un terremoto hubiera pasado. Busqué un lugar para dejar el paquete, pero ninguno me convencía, de repente escuché un ruido en la parte de abajo de la casa, el ruido era como un gemido, como si alguien estuviera atrapado, quería bajar pero tenía miedo y mi mente me decía: “¡Ya es mucho con entrar sin entrar sin permiso, deja el paquete ahí y lárgate!”. No hice caso, comencé a bajar uno de los escalones, entonces empecé a temblar y a sudar. Cada que pisaba otro escalón mi miedo aumentaba. Antes de llegar al último peldaño, resbalé, provoqué mucho ruido, se escucharon pasos en el interior del sótano, algo se movió, quedé atónito e inmóvil, no sabía que había allí adentro, apunté la lámpara de mi teléfono hacia allá, algo volteó a verme, sus dos ojos grandes y brillantes estuvieron sobre mí, tenía un aspecto humanoide, aquella cosa horrible comenzó a emitir ruidos extraños, unos ruidos aterradores que parecían como si estuvieran torturando a un animal. Sin pensarlo salí corriendo de la casa, me subí a mi auto, lo encendí y empecé a conducir. Por el espejo retrovisor pude ver una sombra que se asomaba por la puerta de la casa. Todo lo que había vivido en ese instante me perturbó. Una vez que llegué a casa me dirigí inmediatamente a mi habitación me quité la camisa, los zapatos y los calcetines, me tiré en mi cama y sin

darme cuenta me dormí, hasta que el sonido de mi teléfono llegó a mis oídos y me hizo saltar del susto, llamaba mi jefe, ¿Cómo rayos le explicaba lo que había pasado?

-¡Ho-hola! contesté -¡Rodríguez! ¿Entregó el paquete? -preguntó él.

-Sí, sí. Respondí

-O.K. Por cierto, para mañana quiero los documentos terminados- diciendo eso colgó. Recordé que tenía una caja llena de papeles que eran para el siguiente día, me levanté como loco y fui hasta mi auto, abrí la cajuela y ¡sorpresa! Me había equivocado de caja “¿Cómo demonios pudo pasar?” me dije a mí mismo pero a pesar de eso me animé y me propuse a revisar el misterioso paquete, abrí la caja lentamente para que al cerrarla no quedaran huellas de que la había abierto. Al abrirla miré que sólo eran papeles, pero en el fondo, casi oculta se encontraba otra pequeña caja, la tomé, la abrí y mire que dentro de ella había joyas, parecían lujosas, como si le hubieran pertenecido a un multimillonario o a un mafioso, junto a la caja estaba una nota que decía: “Ahora es tu responsabilidad, no dejes que él las tenga”. A pesar de que el paquete no era mío, ese mensaje se me hacía muy cercano, casi como si fuera dirigido a mí.

Me preguntaba: “¿Por qué el jefe me confiaría algo tan valioso e importante?”. No sabía qué pensar, pero traté de ignorar todo y enfocarme en mi trabajo, así lo hice, ese día no dormí nada, para mi suerte, el siguiente día mi jefe no se presentó, lo que me dio un día más para acabar. Durante los siguientes días no dormí bien, en el trabajo parecía moribundo o un zombie. En uno de esos días me quedé dormido en mi escritorio y tuve un sueño, ¡No! ¡Era más bien una pesadilla! En ella aparecía yo y esa cosa; se acercaba a mí poco a poco y me miraba fijamente con sus ojos brillantes y emitía ese sonido espeluznante una y otra vez. Desperté con un salto y los demás voltearon a verme, sentí tanta vergüenza que tomé mis cosas y, a paso veloz, salí del edificio, me dirigí al estacionamiento, pero algo era raro, en mi cabeza escuchaba los gritos de aquella cosa, no sabía si eran en mi mente o en mi entorno, “¿Acaso me estaba volviendo loco?”. No lo sabía.

Subí a mi auto y conduje a casa, pero el camino fue difícil, casi chocaba con otro auto, el conductor bajó de su coche y golpeó mi ventana, así que bajé el vidrio, él gritó:

-¿Acaso eres idiota! ¿No sabes lo que puedes ocasionar?

-Sí, perdón fue mi culpa- diciendo eso miré hacia adelante, ahí estaba esa cosa y me perseguía. Por unos momentos quedé asombrado, al tipo le pareció que no le prestaba atención y gritó:

-¿Me estás escuchando imbécil?-

Sin pensarlo, arranqué el auto y me fui a toda velocidad. Finalmente llegué a casa y creí que podía descansar pero no fue así. Al entrar miré que mi casa era un desorden, se parecía a la otra casa en la que había estado. Tenía mucha hambre por lo que me dirigí al refrigerador, lo abrí y saqué un galón de leche, tomé directamente de él, sentí que me miraban, cerré lentamente la puerta, volteé y ahí estaba esa cosa, ahora sí pude verla bien ¡era terrorífica!

Medía aproximadamente dos metros, su piel era oscura, tenía forma humana pero no lo era, uno de sus brazos era deforme, era más grande y parecía tener tumores, sus dedos eran largos y puntiagudos y se podían ver sus venas, vestía con unas prendas viejas. Su rostro era aún peor, sólo se veían sus brillantes y desiguales ojos de los cuales escurría un líquido extraño con un tono rojo como si se tratara de sangre, pero una máscara le cubría la nariz, si es que tenía. De algo estaba seguro y esa cosa no era un humano.

Me paralicé, tan sólo parpadeé y me desmayé, desperté tirado, me moví lentamente para ver si esa cosa aún se encontraba cerca, horrorizado fui al segundo piso a buscar la caja de las joyas, todo estaba en desorden, excepto la pequeña caja, tomé sólo las joyas, las puse en mi bolsillo, corrí hacia abajo pero la cosa apareció, se abalanzó sobre mí, me hizo caer y rasparme la rodilla, dolía, pero eso era lo de menos, eche a correr como si no hubiera un mañana, de milagro salí de mi casa, subí a mi auto, lo encendí, antes de irme miré por última vez a mi casa, una lágrima salió de mi ojo derecho, no sabía por qué, sentía como esos días en los que era niño y tenía que salir de viaje con mis padres, una sensación de miedo, pero no importaba, me fui de ahí. A

lo lejos miré a la cosa. Conduje al bosque, creí que me daría tranquilidad. Ahora estoy aquí perdido entre todos estos árboles, corriendo, ya no sé qué pensar. ¿Me persigue esa cosa? ¿Me he vuelto loco? ¿Es una mala broma de mi mente? ¿Es obra del destino? ¿Mi jefe tuvo algo que ver? No lo sé, siento un dolor, no es físico, es mental, no sé qué pensar, escucho pasos, silbidos, recuerdo partes de mi niñez sin razón alguna. Sólo estoy seguro de algo... ¡Moriré!, no será por el demonio, más bien por mi propia mente. Bien dicen que lo que mata a un hombre es su propia mente.

Fin.